

En el presente libro, Adrian Scribano y Pedro Lisdero nos introducen al mundo de las redes digitales y a una nueva noción de organización del trabajo. La tecnología, y en consecuencia, la educación necesaria para la especialización y la matriz productiva se encuentran inextricablemente ligadas. El capitalismo moderno ha creado redes discursivas las cuales modelan e interrogan emocionalmente a los sujetos con el fin de convertirlos en sujetos de producción, pero a la vez de consumo. En este sentido, los diversos capítulos que forman este libro se orientan a discutir las consecuencias de la sociedad 4.0 en la vida diaria, y al hacerlo convoca en la discusión a diferentes perspectivas.

En el primer capítulo, Adrian Scribano discute críticamente el rol de la tecnología como instrumento de masificación el cual modifica las sensibilidades modernas en un discurso totalizador y mercantilizado. Se da, sin lugar a dudas, una nueva política de la sensibilidad que intenta desarticular el conflicto como forma disruptiva y funcional al consumo. El mundo digital interpela no sólo a las formas sensibles como el tacto, el olfato o gusto, sino que organiza percepciones y emocionalidades específicas, Scribano advierte. La tecnología –por medio del big-data, Economía digital, e Intenet – estimula un mundo cada vez más competitivo y darwinista donde la supervivencia depende de uno mismo. La normalización de las diferencias individuales conlleva en sí una idea de precarización, la cual no puede concretarse sin la ayuda de la tecnología digital.

En el segundo capítulo, Scribano & Lisdero descifran las dicotomías de las políticas del conocimiento en base a una sociedad hiper-digitalizada. En vistas de ello, la sociología misma debe conciliar y negociar sus propias narrativas dentro del mundo digital. Los autores acuñan el término “politics of look” (políticas de la contemplación) la cual determina o condiciona la idea de una experiencia visual. La tecnología digital no sólo ha transformado –fusionado– la fotografía con la idea de una imagen instantánea pero eterna, sino que además propone a internet como un nuevo oráculo para interpretar el mundo. La sociología de lo visual debe adaptar sus paradigmas a este nuevo contexto. Si el saber es una prolongación de lo sensible, la comoditización del conocimiento permite que lo digital irrumpa en la subjetividad del ciudadano. Lo que hoy es considerado real, lo cual no es que lo sea, sino que se conforma como tal porque se observa, se impone a la subjetividad de una forma unilateral.

En el capítulo tercero, Scribano & Lisdero exploran las formas en las cuales la tecnología ha transformado el mundo laboral y productivo del capitalismo moderno. En efecto, la posición del capítulo es clara a grandes rasgos. Por un lado, se abren nuevos debates que reformulan la noción de trabajo tal y como ha sido imaginada en los siglos anteriores. Por el otro, se dan tres tipos de tensiones en el marco de la relación cuerpo, afectividad y trabajo. La primera sugiere una nueva reconceptualización de la economía del trabajo, que por si misma lleva a una segunda tensión: las dimensiones y contornos emocionales del trabajador como así también las prácticas de explotación hacia él. La última tensión se da en el campo en la relación del sujeto, junto a otros sujetos y la geo-espacialidad reestructurada por la esfera global.

Francisco Osorio, en el cuarto capítulo, nos presenta un debate antropológico respecto a los diferentes usos culturales de la tecnología en el vecino país de Chile. Como parte de un sur global, Chile ofrece un campo fértil que nos ayuda a repensar la relación entre sociedad digital y territorialización. El autor trabaja el término visualización de información para referirse a la interacción cotidiana del ciudadano con su entorno. La misma va desde plataformas digitales gubernamentales hasta mapas interactivos y las formas actuales de movilidad y desplazamiento. Su tesis central apunta a que la tecnología digital permite recrear nuevas temporalidades, especialidades y formas interactivas donde el trabajo pasa de ser una relación sustancial de praxis colectiva a una forma meritocrática individual de auto-gestión. El ejemplo más representativo es el tipo de transporte UBER que tanta polémica despierta a nivel global.

Por su parte, Sergio Martínez Luna trabaja en el capítulo quinto, la formación de identidades colectivas como zonas fronterizas de interpelación. Una de las contradicciones del ethos capitalista es la combinación de una atmosfera multicultural con la obsesión por la seguridad personal. Las fronteras, hoy, se encuentran sujetas a una constante vigilancia, advierte nuestro autor. En este sentido, es importante descifrar la naturaleza y la evolución de “la visualidad digital” como así sus alcances en materia de ética. En un sentido, la lógica de la conectividad destruye las fronteras para una libre circulación de bienes de consumo, a la vez que se impone un proceso de desmaterialización donde el cuerpo-del trabajador se esfuma. La multiplicidad y maleabilidad de la imagen sugiere que las relaciones pueden estructurarse sin cambiarse, o sin ser cuestionadas en su esencia. De esta forma, estaríamos frente a una nueva forma de gobernanza donde “la alteridad” es construida marginalmente para ser reproducida y controlada. La alteridad se cosifica, como las formas esenciales de reciprocidad y hospitalidad.

En forma complementaria, el capítulo sexto (M. Korstanje) revisa los diferentes discursos alrededor del 9/11 y la guerra contra el terrorismo. Los grupos radicalizados, lejos de ser verdaderos fundamentalistas religiosos, no sólo se encuentran enraizados en una racionalidad (digital) occidental, sino que usan los medios de comunicación para imponer un mensaje al estado nacional. Vivimos en una cultura donde quien mira primero se apropia del evento, y en este sentido, el terrorismo se apoya en tal dicotomía. En la sociedad 4.0 donde la tecnología conecta eventos disconexos dentro del mismo plano, el terrorismo nos obliga a replegarnos de la esfera pública anulando nuestras reciprocidades para otorgar hospitalidad al extranjero. El terrorismo nos interpela en la necesidad de vivir una vida más segura (en el mundo virtual) pero menos real.

Pedro Lisdero, en el séptimo capítulo, explica el concepto de "flexibilización" de los protocolos laborales como forma de mercantilización del cuerpo. Estas nuevas formas no sólo operan sobre el mundo laboral sino sobre las relaciones humanas y sus respectivas conflictividades. En efecto, como señala el autor, los call centers (CCS) ofrece un estudio de caso que describe como detrás de una cultura de la flexibilidad y la creatividad subyace una lógica de precarización e incertidumbre. La manipulación de las emociones, (por ejemplo, forzando a los empleados a sonreír) ejemplifica un proceso de normalización el cual es conducente con el discurso dominante. La creencia en la competencia canaliza la fuerza vital de los cuerpos y los reifica dentro de una moral específica que forma parte de la matriz de producción imperante en la sociedad.

Ya finalizando, el capítulo octavo a cargo del profesor Zhang Jingting ofrece un análisis interesante del caso chino. En la actualidad, China se ha situado como un referente de exportación tecnológica a nivel mundial. No obstante, a ello, las asimetrías materiales entre ricos y pobres se ha incrementado. Por ese motivo, se abren canales de conflicto, sobre todo en las clases urbanas, los cuales lejos de reducirse son potenciadas por la tecnología digital. En este capítulo, el autor analiza la relación del mundo digital con la economía del intercambio (sharing economy) como así también la convergencia con la teoría sociológica de las emociones. El capítulo noveno, escrito por Berkay Aydin & Cagdas Ceyhan, se centra en la industria del software en Turquía. Los programadores del software, a pesar de la abundante literatura que estudia la sociedad 4.0, son automáticamente ignorados por los científicos sociales. En consonancia con los capítulos anteriores, los autores introducen una discusión crítica alrededor de la flexibilización de las condiciones de trabajo, y la precarización. Localizado en tres grandes ciudades como Ankara, Estambul y Izmir, la industria del software se conforma actualmente por 1.600 pequeñas compañías, las cuales se encuentran insertas en una red débil de regulación laboral. Los trabajadores del sector se mueven en una atmosfera de gran incertidumbre y falta de reglas claras. Esta misma idea se observa en el capítulo decimo (Juan Roche Cárcel). En este capítulo se debate los pro y contras de la creatividad, o mejor dicho, del discurso que impone el "trabajo creativo" como una máxima cultural a seguir. El autor revisa las diferentes secciones y capítulos de una manera integradora, con el fin de arribar a conclusiones que versan desde la crisis de valores en un mundo cada vez más competitivo hasta el role del trabajo creativo en un mundo globalizado y precarizado. El estímulo del individualismo no sólo ha desarticulado las viejas protecciones –o al estado de bienestar- sino que pone al sujeto como co-gestor de su propia suerte. Sin lugar a dudas, este es el argumento central de la presenta obra. La tecnología digital, en tal sentido, se encuentra enraizada en una matriz cultural y productiva, que emancipa al sujeto –exacerbando sus sensibilidades- pero paradójicamente lo somete a la necesidad de probarse "digno" de producir valor-agregado en un mundo donde el riesgo abunda. Dicha idea lo lleva indefectiblemente a un clima de precarización y despersonalización.

*Recensión realizada por **Maximiliano Korstanje**. Universidad de Palermo, Argentina.*